



Dan las tres en el reloj de la torre de la ciudad. La negrura de la noche se funde para dar paso a una claridad imperceptible, que poco a poco se va extendiendo por la llanura de la dilatada campiña; barbechos llenos de aridez; altos y espesos trigales cuyas espigas se mecen a impulsos de breve brisa; rastrosjos pelados, poco antes llenos de harinosos frutos; haces de mies

desperdigados por el terreno; hacinas enormes que guardan carretas repletas de cereal.

Junto al tortuoso camino de herradura que bordea las tierras, en una que su cabida no bajará de diez fanegas, se encuentra el tajo.

Al sonar la hora, una voz ronca, ingrata, dice con fuerza: ¡arriba muchachos!

De entre los surcos, que la espesa claridad no deja percibir, y como si rompieran la dura capa donde se hallaran enterrados, van saliendo unos bultos en confuso montón, adivinándose que son personas por las frases incoherentes salidas de sus bocas; el desperezamiento grosero que hacen de sus músculos por si alguno de los que lo componen se muestra rezagad.

Los segadores, repuestos de paroxismo del sueño, recogen sus hoces, y formando fila se sientan en el ribazo inmediato, en espera de que la luz matinal les permita emprender la tarea.

Los rayos del sol asoman vagamente por el horizonte, haciendo cada vez mayor la claridad que ilumina la tierra. Entretanto, las cuadrillas de segadores inclinan sus cuerpos sobre la mies en acompasado movimiento; el día avanza y el calor que se deja sentir aplana, casi asfixia, sin que por esto aquella legión de hombres ceda en su nervioso empuje.

El segador teme y anhela la época de la siega, porque tiene que despojarse de su condición de hombre para convertirse en bestia de carga; la anhela, porque entonces la escasez se transforma en hartura. Si les preguntáis os dirán que en ella sufren mucho, pero añadirán también que la desean y la bendicen, porque faltándoles, la escasez será constante y perpetua en sus humildes casas.

Escrito en Agosto de 1907.